

DESPUES DEL ALTO EL FUEGO

ESTAS dos marionetas trágicas están siendo agitadas desde hace cincuenta y tres años —1917: Declaración Balfour legitimando el sionismo, adoptada luego por la Sociedad de Naciones— por manos que hurtan en sus nervios, sus desesperaciones y sus esperanzas, su hambre, su miseria y su miedo, sus religiones y sus supersticiones, para ponerlas a pelear en el escenario aparente de breve territorio por el que cruzan grandes intereses: el petróleo, las claves estratégicas, la penetración en Africa, el dominio del Mediterráneo, las líneas de navegación... Las manos ya no son las mismas. En un tiempo eran solamente británicas —y algún zarpazo francés—: la astucia de Balfour para ganarse el capital judío y la ayuda norteamericana en la primera guerra mundial, los soldados de Allenby cambiando de bando, lo que se llamó "genial improvisación" de Churchill al dividir en tajfas la nación árabe que comenzaba a emerger de la ocupación turca, las aventuras imperiales —glorificadas— de Lawrence, "el rey sin corona"; de Gordon, "el chino"... Ahora, las manos, apenas ocultas, eran de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, y el sábado, a las once de la noche, sujetaron los hilos de las marionetas: "No os mováis", les dijeron. Esto es, el "alto el fuego", el principio de una nueva "Misión Jarring", el arranque de una "conferencia de paz".

Los Estados Unidos inmovilizaron a Israel. «Hay un momento —explicó Golda Meier, primer ministro— en que hay que decir "sí", aunque duela». Dayan, el duro, el general vencedor, el ministro de Defensa, se justificó ante un grupo de estudiantes: «No somos tan fuertes como para permitirnos ignorar a nuestros aliados. Tenemos que aceptar compromisos, si es necesario, para evitar el aislamiento». Golda Meier ha explicado que no se permite a Israel que continúe sus vuelos de reconocimiento, y que de ello se encargarán los Estados Unidos: las fotografías de los «satélites espía», el material electrónico utilizado desde la Sexta Flota y desde el suelo y el aire les garantizarán que el enemigo no utiliza la tregua para el rearme y la fortificación.

Para los extremistas, nada de esto es suficiente. «Es un Munich», dice el partido Gahal —seis ministros en el Gobierno—, para quien las reivindicaciones fronterizas de Israel deben situarse tal como eran hace cuatro mil años, o por lo menos dos mil —antes de la diáspora, en los tiempos en que se escribía la Biblia—, pero no tienen más fuerza que la de la dimisión, y aún le queda a Golda Meier suficiente mayoría en el Parlamento.

¿COMO VAN A HACER LA GUERRA?

La URSS ha parado a los árabes. Haykal, que tiene el pintoresco título de ministro de Orientación Nacional —y que ha desempeñado provisionalmente el de Asuntos Exteriores durante la visita de Riad a Europa—, cuenta en «Al Ahram» un diálogo que quizá sea cierto. La delegación de un país árabe que no nombra —quizá el Yemen, quizá Iraq— visitó Moscú y explicó su determinación de no firmar el pacto y continuar la guerra. «La guerra —dijeron— es inevitable mientras no liberemos todas las tierras entre el río y el mar» (el Jordán y el Mediterráneo). «Pero ustedes han venido a pedirnos diez aviones y cincuenta tanques... ¿Cómo van a hacer la guerra?». «Nadie ha hablado de que la hagamos nosotros: Egipto la hará». Contada



Primer día de alto el fuego. En un «bunker» del canal de Suez, soldados israelíes juegan una partida de damas. Dayan, el duro, justificó así la tregua: «No somos tan fuertes como para permitirnos ignorar a nuestros aliados. Tenemos que aceptar compromisos, si es necesario, para evitar el aislamiento»...

la anécdota por un ministro egipcio, explica la sensación de Egipto de que está soportando solo el peso de la guerra. No ha necesitado mucha presión soviética para detenerla. Tampoco la necesitaba Hussein: solamente requería que de alguna forma se le garantizase que los guerrilleros del Fatah y de las otras organizaciones palestinas no le iban a despedazar vivo acusándole de traición. No está excluido que ocurra así de un momento a otro.

Un nuevo artículo del ministro Haykal explica, sin embargo, que la aceptación de la paz se ha hecho tan fácilmente porque al fin se tiene la seguridad de que los guerrilleros no tienen fuerza suficiente. «Los palestinos no pueden emprender una guerra popular de liberación. Palestina no es Argelia ni el Vietnam. La resistencia ha resucitado la personalidad palestina, pero en ningún caso las condiciones de lucha pueden ser comparadas a las de los argelinos o los vietnamitas. Mientras que en Argelia había ocho argelinos por cada francés, en Palestina hay dos israelíes por cada árabe. Había allí dieciséis civiles argelinos por cada soldado francés, pero sólo hay cuatro civiles árabes por cada soldado israelí; mientras que en Argelia había regiones prácticamente impenetrables...». La comparación se alarga para demostrar la identidad imposible, como también resulta imposible la del Vietnam: «Los datos demográficos son diferentes». El ministro de Orientación cumple sus deberes. Desde Moscú se ha explicado a Nasser que el mayor peligro son sus propios extremistas. «Nasser debe oponerse a las tendencias extremistas en el mundo árabe», exhorta la «Pravda», órgano oficial del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Los palestinos, los extremistas, los guerrilleros, son los «aguafiestas». Al menos once agrupaciones guerrilleras se han reunido para rechazar el «alto el fuego». «Nuestra respuesta será aumentar las operaciones militares», ha dicho el portavoz del comité central que reúne estas guerrillas. «Violaremos el alto el fuego tantas veces como podamos». «Estamos dispuestos a vietnamizar todo el Oriente Medio», ha dicho uno de los portavoces, que sin duda ignora la diferencia entre relaciones demográficas que ha expuesto el ministro Haykal.

LOS «AGUAFIESTAS»

¿Cuál es la fuerza real de estos guerrilleros? No hay que menospreciarla, aunque tampoco se deba sobrestimar. Los pa-

lestinos son los únicos que tienen una razón insuperable para continuar la lucha: La pérdida de sus hogares y de sus medios de vida a partir de 1948, incrementada con las sucesivas apropiaciones por parte de Israel; la vida precaria y espantosa en los campos de refugiados, que apenas se distinguen de los campos de concentración; las dificultades para arraigarse en otros territorios. Su soledad no es tanta. Si los Gobiernos y las clases estables les aborrecen por su papel continuo de «aguafiestas» —el problema con Israel se habría resuelto mucho tiempo atrás de no ser por su existencia y su presión—, cuentan en cambio con la solidaridad de las clases oprimidas, que ven en ellos la posibilidad de una revolución social que cambie las estructuras feudales —encubiertas o no— de la mayor parte de los países árabes. Su adiestramiento para la lucha es superior al de los ejércitos regulares. Cuentan con un mando militar independiente y, ahora, con el apoyo de los decepcionados por la organización de la paz —principalmente, del Iraq—. Cuentan también con sus fuentes de armas y de dinero. Se asegura que una de estas fuentes, y no mínima, está en Pekín. Desestimados por los soviéticos, los guerrilleros reciben ahora el apoyo —por lo menos, verbal— de los chinos.

Pero la amenaza que pesa ahora sobre los guerrilleros es enormemente grave. Israel ha anunciado ya que tienen autorización de los Estados Unidos para responder a los ataques de los comandos y para perseguirlos aún más allá de la línea oficial de «alto el fuego». Estas acciones no se considerarán como violación. La Unión Soviética, probablemente, está de acuerdo con esta acción, y deben estarlo los Gobiernos árabes. Se habla de que una fuerza militar de la ONU —otra vez los «cascos azules»— podría vigilar la zona para garantizar la tregua: este ejército internacional se emplearía contra las guerrillas, que serían consideradas como bandas fuera de la ley. Como en el Congo.

Pero, esta vez, la Unión Soviética, que no quiso colaborar a la acción de la ONU en el Congo ni, naturalmente, en Corea, daría dinero y material para los «cascos azules» de Oriente Medio. Rogers, secretario de Estado de los Estados Unidos, lo ha explicado ya a un grupo de senadores, incluso ha dicho que en las iniciativas soviéticas para la paz en el Oriente Medio hay propuestas que requieren la presencia de fuerzas internacionales, lo cual es síntoma seguro de que desea participar en estas operaciones. ¿Podría verse ahora una operación contra los guerrilleros árabes en la que participaran israelíes y árabes conjuntamente? ¿Podrían colaborar en esta operación soviéticos y americanos directamente, o armando y pagando tropas de «cascos azules» para que lo hicieran por ellos? La suposición no es demasiado aventurada. Estos repartos del mundo suelen proporcionar situaciones similares. Que se lo pregunten a los polacos anticomunistas del general Anders, o a los guerrilleros comunistas de Grecia, desamparados por sus aliados y diezmados por sus adversarios en 1945.

UNA PRESENCIA INCOMODA

La posible paz en Oriente Medio, de la que el «alto el fuego» es solamente un primer paso —las negociaciones serán arduas, difíciles, reñidas y probablemente muchas veces interrumpidas—, es también un episodio del reparto del mundo. La Unión Soviética y los Estados Unidos tienen un gran interés en paralizar la situación antes de que se les vaya de las manos —y podían haber perdido el control en un par de meses— y en conservar el «statu quo» actual.

La URSS ha ganado probablemente más en esta operación que los Estados Unidos —la implantación en el Mediterráneo y la influencia decisiva sobre los países árabes—, pero éstos también han ganado en el sostenimiento de la gran base israelí y en ciertas concesiones —petróleo, rutas— que pudieran aparecer —o no ser aparentes— en los acuerdos finales. No parece que ninguna de las dos potencias desee perder estas ventajas por un puñado de guerrilleros. Pero, sin sobrestimar ni subestimar a estos guerrilleros, cabe pensar que su presencia puede ser aún difícil e incómoda, y que la estructura actual de los países árabes no será conservada cuando termine la guerra, si es que realmente puede terminar.



EL PROCESO DEMOCRATICO

WASHINGTON.—Uno de los principales propósitos de la política exterior norteamericana es que todos los países del mundo tengan elecciones libres. Como parte de esta política, el Departamento de Estado ha estado urgiendo a los dirigentes de los demás países a que vengan a éste y estudien nuestro sistema político.

Un visitante reciente fue Ramat Gow, de la pequeña República de Nonomura, quien se reunió con dirigentes de nuestros dos principales partidos y recibió maravillosas indicaciones acerca de cómo funciona nuestra política.

También fue instruido por Starkley Merryweather, de la firma Starkley, Ramsden y Phipps, una empresa de "relaciones públicas" que se especializa en elegir funcionarios públicos.

—¿Cómo es elegido uno en este país? —preguntó Gow.

—Bueno, primero, necesita dinero. Fondos de campaña para gastarlos en hojas sueltas, carteles, radio y televisión.

—Ya veo. ¿Y cómo se obtiene el dinero?

—La manera mejor y más fácil es ponerse en contacto con "lobbyists" que representan grandes intereses y están dispuestos a conseguir altas contribuciones para una candidatura política.

—Pero, ¿si uno acepta dinero de esos intereses, no está obligado a ayudarlos una vez elegido?

—Exactamente. De eso se trata. No van a financiar a nadie por su linda cara.

—¿No hay otra manera de hacer elecciones, sin pedirle dinero a esas gentes?

—No hemos encontrado ninguna —dijo Merryweather—. El sistema político norteamericano está al alcance de cualquiera en este país, siempre que pueda pagarlo. Usted ve, lo principal es hacerle ver al pueblo que tal o cual candidato es el mejor para tal o cual cargo. Esto se hace mediante la publicidad. "Vendemos" al candidato lo mismo que se vende jabón, digamos. Ofrecemos un ingrediente extra que la otra marca no tiene. Y esto requiere dinero. Hay que estarle dando al pueblo en la cabeza para que la idea penetre en ella.

—Muy interesante —dijo el señor Gow—. ¿De modo que el hombre con más dinero es el que tiene mayores probabilidades de ganar?

—Yo no lo aseguraría. También debe ser atractivo para el pueblo.

—¿Y cómo se logra eso?

—Gastando dinero. Los viejos días del candidato saludando personalmente a los votantes han pasado. Lo importante es, por ejemplo, que esté presente, aunque sea por unos minutos, en un partido de fútbol o algo por el estilo.

—Muy constructivo. Yo deseo ser senador. ¿Qué me sugiere usted?

—Bueno, lo primero es dar una buena comida, invitando a ella a los directores de las compañías petroleras, los sindicatos obreros y los dirigentes de los grupos de camioneros y haciendo que contribuyan con cien dólares cada uno.

—¿Y qué se anuncia como motivo de la comida?

—Su cumpleaños, digamos.

—Pero mi cumpleaños es en diciembre...

—¿Quién diablos va a enterarse? Después de recoger el dinero, puede hacer que su nombre se popularice.

—Muchas gracias, señor Merryweather. En media hora he aprendido de usted más acerca del proceso democrático que de todos los funcionarios oficiales juntos. Otra cosa: ¿Cómo se hace un anuncio por televisión?

(Copyright, 1970, The Washington Post Co.—Editors Press Service-Zardaya.)